

El mito de la distinción en la alimentación familiar

Distinction myth in family food

Omar Alejandro Pérez Cruz

Universidad de Colima

Resumen

El presente artículo analiza el discurso de dos integrantes de un linaje de la ciudad de Colima, con relación a la alimentación en familia. El objetivo es exponer a partir de estos discursos cómo trabaja la memoria, cómo se construyen los mitos y cómo estos elementos se entretajan para ligar la razón y la imaginación de manera racional y estructurada. Para el propósito, se fundamenta el análisis en la propuesta de Midgley (2004) que expone al lenguaje como la estructura simbólica básica, la cual es entendida como una carga de energía propia de la mente, toda vez que proyecta el significado del mundo que se organiza en la conciencia. Asimismo, las aportaciones de Portelli (2004) y Thompson (1993) permiten organizar la estructura del discurso y el contenido de la memoria. De este modo, el análisis aquí abordado busca conectar las conjunciones, las divergencias y los antagonismos, del modo en que se organizó la memoria y la forma en cómo ésta le otorga sentido al proceso alimentario.

Palabras claves

Mito, memoria, discurso, linaje, alimentación.

Abstract

This article analyzes the discourse of two members of a lineage of the city of Colima, in relation to family feeding. The objective is to expose from these discourses, how memory works, how myths are constructed and how these elements are interwoven to link reason and imagination in a rational and structured way. For the purpose, the analysis is based on the proposal of Midgley (2004) that exposes language as the basic symbolic structure, which is understood as a charge of energy of the mind; every time he projects the meaning of the world that is organized in consciousness. Also, the contributions of Portelli (2004) and Thompson (1993) allow to organize the discourse structure and the content of the memory. In this way, the analysis addressed here, seeks to connect the conjunctions, divergences and antagonisms, the way in which memory was organized and the way in which it gives meaning to the food process.

Keywords

Myth, memory, speech, lineage, feeding.

Introducción

El mito como categoría analítica permite ligar la razón y la imaginación; la primera implica la estructuración, la vinculación y la organización; la segunda, entre otros aspectos, permite ver un determinado acontecimiento en otros términos. Es así que el mito es analizado como racionalidad imaginada.

Bajo estos principios se explora cómo trabaja el mito en el discurso de dos integrantes de un linaje (Juana y Julia, madre e hija, respectivamente) en la ciudad de Colima. La situación mediante la cual se analiza cómo opera el mito es la alimentación por parte de las entrevistadas y de otro miembro del mismo linaje (José, esposo y padre, respectivamente). En el relato puede observarse cómo el mito es configurado por la memoria que selecciona qué recordar y por qué se recuerda un suceso en particular y cómo los discursos orales difieren en ciertos aspectos y condiciones de la realidad histórica.

Así, el objetivo es mostrar las contradicciones en los discursos, en el sentido del efecto que tiene el proceso alimentario en la relación madre-hija y la misma pareja, todos ellos miembros de la primera y la segunda generación del linaje seleccionado. La discusión se articula en torno al surgimiento y construcción del mito familiar de Juana (esposa de José y madre de Julia), quien de acuerdo a los relatos “le encantan muchas comidas que a otra gente no les gustan”.¹

La situación misma que determinó el discurso, la memoria y el mito de la alimentación como eje central de este análisis, se expone en el desarrollo de este trabajo. La mayor parte de la población que vivió en la ciudad de Colima en los años sesenta, tenía sus hábitos alimentarios semi-urbanos. El hecho de que la segunda generación de esta familia recuerde que les gustaban comidas que no eran comunes en la ciudad de Colima, expone el paso de una dieta con ingredientes semi-rurales, basada en alimentos locales, primarios y frescos, a una dieta urbana, más industrializada y con ingredientes procesados; es decir, una alimentación con una lógica urbana que era común entre la clase social media de esa

¹ Integrante de la primera generación del linaje B. Entrevista 7. Colima, Colima.

década. Éste es un salto de nivel cultural que pocos colimenses de los años sesenta lograron dar por las implicaciones económicas que demandaba la inversión cultural y la extensión de las redes sociales cercanas al ámbito familiar-doméstico.

En linaje de Juana, la segunda generación² de la familia resignifica su alimentación con comidas “distintas” al resto de las personas.

Así, la presente investigación se encuentra organizada en cuatro apartados: mito, memoria y discurso; explicación de la metodología; la alimentación familiar y el mito; y las conclusiones sobre el tema.

Mito, memoria y discurso

Mito

Generalmente se piensa en la concepción del mito como un elemento ajeno a la ciencia, carente de validez. Sin embargo, de acuerdo con Barthes (1990), los mitos son parte central de la ciencia, toda vez que con el lenguaje se le otorga una determinada importancia en las vidas de las personas. De este modo, resulta relevante su comprensión.

La Real Academia Española define el mito como una “historia ficticia o personaje literario o artístico que encarna algún aspecto universal de la condición humana”, también lo define como “narración maravillosa situada fuera del tiempo histórico y protagonizada por personajes de carácter divino o heroico” (Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española [RAE], 2018).

Los mitos no son invenciones, falacias o mera imaginación. Tampoco son discursos aislados, sino que son representaciones, entramados de poderosos mensajes que denotan formas particulares de darle significado al mundo.

Por ejemplo, el discurso escrito, así como la fotografía, el cine, el reportaje, el deporte, los espectáculos, la publicidad, todo puede servir de

² La primera generación que se entrevistó permitió evocar las memorias desde 1930. A partir de esa fecha se construyó la historia de la familia a través de la alimentación. En este orden, la segunda generación abarcó el periodo de 1960 a 1980, y la tercera de 1980 hasta hoy. Sin embargo, la tercera generación no es sujeto de análisis en este trabajo.

soporte para el habla mítica (Barthes, 1990). En cuanto al lenguaje, como un objeto que significa algo, el mito entra en el campo de la semiótica. Así, Barthes (1990) parte de la idea de que la sociedad es el campo fértil para la germinación de los significados míticos, toda vez que asume que la sociedad es esencialmente capitalista. Esto implica que la sociedad se autorregula mediante la generación e institucionalización de sus propios mitos. De este modo, el capitalismo se legitima a sí mismo posibilitando que la persona o estructura social alineada a estos mitos justifica sus propios lenguajes.

Investigadoras como Cuevas (2011), Midgley (2005; 2004), Thompson (1993), Barthes (1990) y Pennef (1990), entre otras, aplican el enfoque de la mitología en el contexto de la cultura al analizar la operación del mito, la memoria y el discurso. La aplicación de este enfoque puede ofrecer valiosas contribuciones sobre la relación entre los imaginarios y las ciencias sociales, pues a partir del discurso se reconstruye el mito. Midgley (2004: 2) así lo analiza:

La manera en que imaginamos el mundo determina lo que pensamos que es importante en él, en aquello que ponemos nuestra atención entre la confusión de hechos que constantemente nos inundan. Sólo después de haber hecho esa selección de lo que atendemos, podemos empezar a formar nuestros pensamientos y descripciones oficiales y literales. Es por eso que necesitamos tomar conciencia de estas mentalidades.

Por lo anterior, Midgley expone las opacidades ideológicas de los imaginarios que se relacionan en un campo social determinado. Esto coincide con lo expuesto por Pennef (1990), quien entiende al mito como una estructura mental preconcebida que posibilita la comprensión de las vivencias cotidianas en relación con estructuras socioculturales establecidas. En este mismo sentido, Cuevas (2011) considera que dichas estructuras mentales se adquieren y se modifican a lo largo de la vida para incorporar esquemas socioculturalmente aceptados, los cuales permiten dotar de significados a las conductas individuales y/o colectivas de la vida.

De este modo, los mitos no son permanentes, toda vez que esta imaginación socioculturalmente aceptada no se institucionaliza sola. Los

mitos más antiguos permanecen y continúan siendo poderosos, pero sobreviven por la adaptación funcional y mecanicista que a menudo se les da. Así, por ejemplo, es permanente aún el mito social del darwinismo y la evolución de las especies, o de los ciudadanos como individuos que sobreviven y evolucionan por su fortaleza y su capacidad de adaptarse al contexto. Debido a esto, es menos probable que defendamos a los individuos por su derecho a la igualdad social que por su derecho a competir por un lugar en la estructura social. Esto constituye una visión de darwinismo social, que se entiende fácilmente como una adaptación funcional y mecanicista.

Este esquema funcional y mecanicista nos permite proponer soluciones alópatas para atender problemas sociales y psicológicos actuales, ofreciendo más y mejores medicinas a los ciudadanos para contrarrestar el estrés y la depresión (en el sentido de “menos Prozac” que propone Marinoff, 2000), en lugar de reflexionar en la causa de su infelicidad. Así, la sociedad se muestra dividida en organismos y a su vez, éstos divididos en sus engranajes constituyentes. Midgley (2004: 2), lo explica así:

En la actualidad, cuando las personas toman conciencia de estas situaciones, tienden a considerarlas meramente como una parte superficial de las metáforas aisladas. Como una especie de pintura decorativa que a veces se añade a las ideas después de formarse, para hacerlas claras. Pero tales imágenes son una parte integral de nuestra estructura de pensamiento. Realiza un trabajo crucial en todos los temas, no sólo en algunas áreas supuestamente marginales como la memoria y la historia, donde se sabe que los símbolos están en el pasado, sino que son parte de nuestro pensamiento a todo lo largo de nuestra vida.

Para Midgley, el poder del mito se basa en los lazos de significado establecido entre las evocaciones pasadas y las conductas presentes. En este sentido, para efectos de esta investigación, la memoria se relaciona con la resignificación de vivencias cotidianas del pasado, que se entrelazan de manera selectiva con el presente, a través de estructuras socioculturales preconcebidas.

Discurso

Los discursos son objeto de análisis y discusión por diversas disciplinas científicas como la psicología, la lingüística, la comunicación, la antropología y la sociología, entre otras (Durand, 2004; 2000; Duch, 2002; Ricoeur, 2003; Barthes, 1990; Jung, 2004; Guiraud, 1979; entre otros). El análisis se da en torno a la potencialidad de generar información indiscutible sobre temas opacos y vedados por otras ciencias. Así, el objeto de análisis adopta la forma de la experiencia, de la percepción y la representación; con esta representación los acontecimientos reales son sometidos a observación, interpretación y generalización, adoptando un papel de mediador, de puente entre lo real y lo imaginario, entre lo objetivo y lo subjetivo.

Al respecto, Barthes (1990) afirma que el mito es lenguaje, es discurso y que esencialmente es un sistema de comunicación, es un mensaje. Lo relevante del mito es que en la comunicación carece de importancia el emisor del mensaje, incluso el mensaje mismo; lo importante es la forma en que se transmite el mensaje. Es así que el mito es la forma, no el contenido; es el cómo se narra, no lo que se narra. De este modo, el mito no se manifiesta de manera natural y realista, sino que es un discurso elegido por los actores sociales, donde su fundamento es histórico.

En esta investigación, los discursos generados a partir de las entrevistas realizadas bajo la metodología de la historia oral posibilitan una proximidad al contexto mismo en que éstos fueron evocados e interpretados. En ese sentido, la potencia analítica de los mitos se hace evidente ante estos discursos y de la reconstrucción y ordenamiento que la memoria hace de la realidad, es decir, se habla de los vínculos que se gestan entre el pasado y el presente.

Al respecto, Turner y Fauconnier (2003) y Pascuali (2014) explican que el análisis del lenguaje se ocupa de los preceptos humanos enfocándose en el sentido, más que en los elementos de la verdad como base del significado. Así, este enfoque del discurso pretende ligar el lenguaje y la experiencia como polos de un mismo continuo (individuo-cultura) objetivado en las estructuras de imágenes, categorizaciones y mitos.

Memoria

Como analizan Pérez y Arias (2017), las experiencias construyen narrativas, por lo que existen discursos que posibilitan la reconstrucción de acontecimientos y les otorgan sentido, en el sentido propuesto por Ricoeur (2003). De este modo, la memoria, como lo expresa Ricoeur (1999), es un proceso de reconstrucción de un pasado vivido y/o experimentado por un individuo o un grupo de éstos, que se enmarca en esquemas de tiempo y espacio, contextualizados en una determinada cultura. Así, la memoria evoca aquello que tiene sentido, que contiene una emoción. No se memoriza de manera mecanicista a la manera de Raymond Babbitt (Dustin Hoffman), de la película *Rain Man*, que retenía todo lo que vivía o experimentaba (Levinson, 1988).

Sin embargo, ése no es el caso de la memoria, pues ésta selecciona los eventos que vale la pena retener, es decir, los que tienen sentido. Así, la memoria es selectiva ante lo vivido en el pasado, ya que constituye un sistema activo que implica la organización y reconstrucción de la experiencia inicial. Las evocaciones de los eventos pasados implican percepción, creatividad y síntesis cognitiva.

Lo anterior indica que la memoria no constituye un registro objetivo y fiel de la realidad, sino que es una secuencia de etapas que transforman la información que se recibe a través de la percepción. Por ello, la memoria no es sólo un proceso en que el individuo reconstruye el contexto desde su posición en la estructura social, sino que también la reconstruye desde una posición histórica (Ricoeur, 1999).

En este sentido, aquí se analiza cómo funcionan el magma de significaciones, los imaginarios sociales y sus correspondientes consensos en una sociedad, donde en cada contexto social, al igual que cada persona, recrea su propio mundo, en el cual se posiciona a sí misma. De la misma manera que para los seres vivos, es la sociedad la que postula y define los consensos. Por ejemplo, qué se considera como información para la sociedad, qué es adecuado o inadecuado.

De acuerdo a ese argumento, la evocación es un proceso mediado entre la posición social y la historia personal, lo cual lleva a considerar que la historia personal es una historia de emociones, donde la me-

moria está estrechamente relacionada a la connotación emocional de la experiencia. Al respecto, Yow (2005) sostiene que estas emociones pueden ser identificadas a través de conductas (verbales y/o no verbales) que proporcionan códigos útiles para su interpretación. Entre estas conductas se encuentran el rostro, los gestos, la entonación y el ritmo de la voz.

Distinción y alimentación

En este orden de ideas, el discurso ofrece una nueva perspectiva de las formas en cómo las personas viven y, en consecuencia, cómo perciben la realidad que los rodea. En contraposición a lo que plantean los objetivistas, esa realidad no se percibe de forma natural, bajo condiciones dicotómicas de blanco y negro, acierto y error, verdad y falsedad, sino haciendo uso de las experiencias pasadas y de los aprendizajes incorporados, es decir, del *habitus* (Bourdieu, 1990).

Los *habitus* se configuran de acuerdo a la posición que los agentes ocupan en la estructura social. Éstos atienden a los criterios de desigualdad prevalecientes entre el capital económico, cultural, social y simbólico. Bourdieu (1990) considera que estas diferencias reflejan el funcionamiento del poder simbólico en la sociedad, lo que posibilita esbozar un complejo panorama de la sociedad con base en las estructuras sociales (clases altas, medias y bajas), y su vinculación con algunas dimensiones como: capital, estructura y trayectoria de los capitales.

De esta forma, la distinción como categoría analítica resulta necesaria para la observación del poder simbólico. Así, desde esta perspectiva cultural se exponen las dinámicas de distinción como un marco de referencia donde se ejerce el poder simbólico y se construye la propia identidad. Es así que mediante la distinción entre clases puede observarse la práctica del poder en las formas de pensamiento y hábitos deseables o indeseables en la sociedad.

Del ejercicio de este poder simbólico se desprende el gusto, el cual analiza Bourdieu es “una de las apuestas más vitales de las luchas entre clases, que tienen lugar en el campo de la clase dominante y en el campo de la producción cultural” (2010: 9). De este modo, el gusto es mani-

festación de la distinción por antonomasia que define al hombre culturalmente consumado.

El problema de conocimiento se gesta en que, tradicionalmente, hay una tendencia a ligar el gusto con el capital económico, desestimando la “evidencia” que demuestra la relación “entre el gusto y la educación, entre la cultura en el sentido de lo que es cultivado y la cultura como acción de cultivar” (Bourdieu, 2010: 10).

Con miras a mostrar cómo se relacionan las disposiciones cultivadas y los *habitus* adquiridos a través de los bienes consumidos y la manera de consumirlos, se marcan dos situaciones fundamentales: por una parte, la estrecha relación entre los *habitus* culturales con el capital cultural y, secundariamente, con el origen social (estimado por la trayectoria de vida). De este modo, es posible evidenciar las variaciones según las disposiciones culturales de los agentes y de acuerdo a los campos en los cuales aquellos se observan, desde los campos más tradicionales de la cultura, como la pintura, la música o la educación, hasta los más libres, como el mobiliario, la ropa y la comida tal como lo analiza Pérez (2016).

Así, basados en el ejercicio del poder simbólico, se organizan y reconfiguran los *habitus* de alimentación con alto valor de poder y se tiende a establecer distancias sociales con la otredad. Actos individuales como la comida, los modales ante la mesa o el gusto por comidas que a otras personas no les gustan, son esencialmente *habitus* de distinción. En este orden, dichos *habitus* contenidos en las remembranzas de los informantes permiten realizar el análisis que se desprende del presente trabajo.

Metodología de la investigación

El presente texto se deriva de la investigación de la tesis doctoral “Cambios socioculturales y económicos en tres linajes familiares de México en el siglo XX”, realizada entre 2008 y 2012. La misma se llevó a cabo con apoyo de la Universidad de Colima y de la Dra. Ana Josefina Cuevas Hernández, directora de dicha tesis.

El presente artículo es diacrónico y tiene como objetivo exponer, a partir de los discursos de dos informantes entrevistados, cómo se construyen los mitos, cómo trabaja la memoria y cómo estos elementos se en-

tretejen para ligar la razón y la imaginación de manera racional y estructurada. A nivel analítico, la pesquisa se enfocó en la identificación de las continuidades y los cambios en los discursos en torno a las trayectorias sociales, y la identidad de género de la alimentación familiar.

Específicamente, se analiza la historia de un linaje perteneciente a la clase media, del cual se conocerá parte de su historia por medio de las voces de Juana y Julia, quienes integran la primera y segunda generación, respectivamente. Parte de los discursos aquí analizados fueron triangulados y confirmados con datos históricos de nivel regional y nacional.

De este modo, el análisis de las convergencias, divergencias y discrepancias en los discursos de los linajes se basa en los tres elementos propuestos por Portelli (citado en Cuevas, 2011: 47-48) para trabajar a nivel narrativo y lingüístico el análisis de la historia oral: “1) Lo que ha ocurrido (memoria del hecho narrado). 2) El cómo ha ocurrido (desarrollo del hecho narrado). 3) Lo que se relata sobre esa memoria (la estructura y contenido lingüístico de la memoria)”.

Alimentación familiar y mito

Las memorias de Juana y Julia (miembros de primera y segunda generación, respectivamente) son similares al describir cómo aprendieron las recetas, las formas de alimentación, los modales ante la mesa y la manera en cómo se hacía ese consumo de alimentos. Las discrepancias se presentan en la interpretación que realizan de lo que esto significa, tanto para al interior de la familia, como en relación al contexto sociocultural en que se gestan estas conductas sociales.

Juana tenía 70 años al momento de proporcionar la información para este trabajo. En la realización de las entrevistas recabadas entre 2008 y 2010 elaboró memorias distintivas en torno a la alimentación de su familia, en su casa materna, en donde ella, sus papás y sus hermanos tenían una alimentación familiar que no eran de gustos similares con las de otras personas de Colima. En su discurso se muestra frecuentemente la presencia del *nosotros* para referir comidas y actividades que ella realizó al margen o incluso sin el apoyo de su marido. De igual forma, se resalta el uso diferenciado del *yo* y el *nosotros* en los discursos de la historia

oral que indican una marcada identidad de género como sugieren Yow (2005) y Plumwood (1993).

De este modo, el análisis ilustra la manera en que el mito opera para explicar la influencia de las redes sociales de Juana (heredadas de su padre) en las decisiones de la dieta y la educación alimentaria de la familia. Es en este contexto donde la memoria individual de Juana y Julia inician el proceso de elaboración del mito, por medio de la evaluación de la correspondencia entre las prácticas de la cultura alimentaria con que entraron en contacto en Guadalajara y Ciudad de México, y lo que la estructura mental preconcebida por elementos culturales (género, edad, rol social, clase social y posición dentro de la familia) sugirió a Juana y a Julia que en la alimentación deberían cumplirse como familia distinguida.

De este modo, la expectativa de que las tías paternas de Juana y su propia madre, ejercieran determinados roles y funciones como parte de la familia extendida, originó el surgimiento del mito de la alimentación distintiva, de sentarse a la mesa “como Dios manda”.³ Esto se debió, entre otras cosas, al choque cultural, la expectativa de integrar una alimentación elevada (como las tías de México y Guadalajara), la realidad de Juana en la ciudad de Colima y los esquemas mentales preestablecidos por sus memorias individuales y colectivas sobre lo que debía ser una alimentación educada, culturalmente elevada, dentro de la familia y en las relaciones sociales en donde se desenvolvían.

Así, el uso del *nosotros* le permitió a Juana sostener un equilibrio mental a lo largo de sus discursos y de su propia vida al no cuestionar de manera abierta la discrepancia entre la alimentación que llevaban en México y Guadalajara, con su realidad al mediar entre su presupuesto y la disponibilidad de ingredientes en los centros de abastecimiento (mercado, miscelánea y tiendas de comestibles). Éstas eran situaciones que no podía cambiar, sino aceptar y negociar para mantener la estabilidad adquirida mediante su exposición de los hechos.

Durante sus entrevistas, Juana y Julia también invisibilizaron a Jesús al describir la división del trabajo al interior de la familia y las aportaciones culturales de cada miembro en el hogar. Aquí es importante seña-

³ Integrante de la primera generación, del linaje B. Entrevista 5. Colima, Colima.

lar que Jesús provenía de una familia de clase social baja, con un capital cultural y social en desventaja con respecto de Juana. Por su parte, los padres de Juana, eran oriundos de la ciudad de Colima. Blanca, la madre de Juana, era nativa de esta misma ciudad y creció en una familia de diez integrantes. Javier, su padre, nació en México, D.F., fue abogado, juez y notario público, y llegó a ocupar una secretaría general en la administración pública estatal en la década de los setenta. Además, tenía una familia extendida en Guadalajara y México, D.F. Respecto a la forma en que Juana aprendió a cocinar, ella hace memoria:

Mi papá tenía una hermana, mi tía Mercedes [...] su esposo en ese tiempo era el secretario de Agricultura. Y mi tía vivía ah en El Pedregal de San Ángel. Entonces cuando nosotros íbamos a México de vacaciones por *x* o por *y* cosa llegábamos a la casa de la tía Mercedes, que era media ridícula y media lefia, ya sabes. Así muy especial. Sí pos imagínate, el círculo en que se desenvolvía. Mi tío fue embajador de México en Japón [...] Y yo veía las comidas, luego les preguntaba cómo se hacía tal o cual comida y así ella me pasaba recetas de cocina. Entonces comíamos pos lo mismo que comían ahora todos los grandes.⁴

Aparte de relacionarse de manera esporádica con su familia extendida en México, también convivía con las hermanas de su mamá (la tía Mercedes y la tía Daniela). Juana recuerda:

Las sobrinas de mi mamá, hijas de las hermanas, y sus hermanas, también cocinaban riquísimo. Allá en Guadalajara mi tía Daniela hacía banquetes y todo [...] Mi tía hacía muy rico de comer [...] Ahorita que me acuerdo, pos yo aprendí con ella también [...] De repente íbamos a Guadalajara y le ayudaba porque ella me hablaba para estar en sus eventos.⁵

Cuando no estaba de vacaciones, visitando familiares o fuera de Colima, las redes sociales de Juana también incluían actividades del Club de Leones y de la cúpula del gobierno estatal. Al respecto dice:

⁴ Integrante de la primera generación del linaje B. Entrevista 7. Colima, Colima.

⁵ *Ídem.*

Lo que pasa es que yo, mi papá [...] todos éramos del Club de Leones. Mi papá fue de los miembros fundadores aquí en Colima [...] Entonces mi papá fue como, no sé, si tres o cuatro veces presidente del Club de Leones. Y mi mamá, pos era ahí de las damas leonas y que no sé qué [...] Entonces, pues diario andaban ahí y que llevando allá y entonces con nosotros se juntaban a jugar dominó, Jesús y mi papá, ahí en el Club de Leones, los jueves, creo [...] Luego había otro día que se iba mi abuelita a la barajeada. El miércoles se iba mi mamá a la barajeada y tanto así, que a mí me encantaba también el argüende [...] Yo me iba con ella a la barajeada y ahí me ponía yo a jugar baraja, en lo que llegaba la otra, pos yo me sentaba, me encantaba y hasta la fecha.⁶

De esta manera, Juana capitalizó las redes sociales de sus padres al relacionarse con diversos miembros de la política del estado de Colima y del Club de Leones, para los cuales organizaba recepciones en diversos eventos sociales. Es así que Juana pudo aprovechar estas relaciones para emprender su negocio de banquetes y convertirse también en proveedora no sólo de capital social y cultural, sino también económico.

Es aquí donde se comienza a gestar el mito. Al respecto, Thompson (1993: 35) analiza que el mito se gesta en las repeticiones de la memoria: “son el comienzo de un fortalecimiento del discurso de la familia, reforzando así el pasado, con los hábitos alimentarios en el presente”.

Aquí también se encuentra el gusto de Juana por ciertos alimentos, que es la distinción. Bourdieu (2010) expone que el gusto es por tradición la expresión libre de una diferencia, una distinción, inevitable. Bourdieu (2010) analiza que el gusto por ciertos aspectos de la vida es una expresión sistemática de una disposición estructural que se muestra también en otras dimensiones de la cultura. Así, el respeto hacia la alta cultura (o alta cocina en este caso) influencia a los burgueses a la incorporación de buenas prácticas culturales puristas, que se adquiere con el culto por la comida “como Dios manda”, que proporciona el sustituto ético de la estética del arte por el arte.

De esta manera, esta práctica distintiva que refiere Juana tiene la intención de mostrar una posición privilegiada en la estructura del espa-

6 Integrante de la primera generación del linaje B. Entrevista 6. Colima, Colima.

cio social, cuyo valor se le otorga objetivamente en la relación con platillos elaborados y consumidos en el contexto regional en que se desenvuelve. Como toda expresión de gusto, ésta identifica y separa al ser producto de prácticas culturales asociadas a una clase en particular. En este sentido, el gusto busca unir a los que están en un mismo estrato social, pero otorgándoles claras diferencias del resto de la sociedad.

Estos datos vistos desde el enfoque de género, hacen posible ver la transmisión de costumbres y hábitos alimentarios de esta clase social media. Thompson (1993) refiere que las transmisiones intergeneracionales pueden ser analizadas mediante la movilidad social. Ésta se observa por las herencias culturales que en el caso de Juana se ve claramente en las redes familiares que establece y que se relacionan con el negocio de hacer de comer, derivada de una habilidad de las mujeres de la familia que era “hacer de comer muy rico”. Por ello, los *habitus* permiten identificar ciertas tradiciones alimentarias en esta clase social, como el caso de los valores para hacer de comer, es decir, presentarse ante la mesa y el poner la mesa como “Dios manda”.⁷

Por otro lado, dichas memorias asignaron a Jesús una posición de exclusión en estas aportaciones. Sin embargo, esto no significó que no tomara posturas protagonistas para el bienestar de la familia, por no extender sus redes sociales o no ser el padre proveedor de la familia. Esta situación de contradicciones no fue evidente para Juana en las primeras entrevistas, sin embargo, fue cuestionada en una entrevista posterior y el discurso floreció en el sentido que expone Cuevas (2011).

Al ser cuestionada sobre qué aportaciones alimentarias realizó Jesús a la familia, la entrevistada reinterpretó de manera reflexiva y crítica la posición de su marido frente a la familia. Este cambio frente a la propia imagen del marido, como lo sugiere Pasquali (2014), quien expone que las entrevistas no sólo proveen a los investigadores de la oralidad, es decir, de valiosas experiencias personales que agudizan sus capacidades para obtener información, amplían además sus perspectivas analíticas con evidencias más completas e interpretaciones más densas que integran las perspectivas de hombres, mujeres, niños y niñas comunes, sobre

⁷ Integrante de la primera generación del linaje B. Colima, Colima.

lo que de acuerdo a su experiencia tiene más importancia en sus vidas, y que estaban representados en manera indeterminada.

Así, la reinterpretación que hace Juana de la imagen del esposo sugiere la construcción de una historia alternativa, de un nuevo significado que surge cuando las evocaciones son cuestionadas y obligan la reflexión sobre la base de la congruencia, tal como lo señala Thompson (1993). Así, de acuerdo a lo demostrado por la información, cambia la interpretación de los entrevistados sobre sí mismos, así como la manera en que se conllevan las relaciones entre los actores de esa memoria.

En el caso del presente análisis, es probable que Juana y Julia hayan asumido, a partir de sus memorias individuales, la construcción de discursos alternos que las llevaron a reinterpretar la manera de ver a su marido y padre, respectivamente. A nivel de la reconstrucción de la memoria y el discurso es interesante notar que las versiones de Juana se modifican. Así lo expone ella misma:

Ahorita que me acuerdo [...] lo que pasa es que yo, Jesús [...] entonces Jesús se tuvo que ir a éste [...] se fue como, a Estados Unidos, con sus hermanos. Pero ya luego regresó, ¡lo trajimos de vuelta!⁸

Resulta interesante observar que la historia alternativa construida por Juana, lleva a justificar la ausencia de Jesús, y por lo tanto a minimizar su papel activo en la proveeduría familiar. Por su parte Julia, recuerda la ausencia de su padre, de la siguiente manera:

Una hermana de mi mamá murió en septiembre y mi abue [su abuelo paterno] al año siguiente. Y los cinco niños se quedaron aquí, con mi abue [...] Ni modo que ella sola se encargara del asunto. Entonces, por esa razón, nosotros teníamos nuestra casa. Por esa razón nosotros prácticamente nos fuimos a vivir a la casa de mi abue [...] Teníamos nuestra casa, que era la casa donde vivíamos, pero se quedó prácticamente de adorno, con los muebles [...] Porque nosotros allá cocinábamos y aunque tuviéramos nuestra casa, sólo íbamos a traer ropa y dormir [...] ni modo que mi abuelita sola se encargara del asunto.⁹

⁸ Integrante de la segunda generación del linaje B. Entrevista 9, Colima, Colima.

⁹ Integrante de la segunda generación del linaje B. Entrevista 8, Colima, Colima.

Así, se observa que coinciden las versiones (o las omisiones), porque no explican ampliamente los hechos sobre la participación de Jesús, al quedar en un segundo plano en cuanto a las decisiones familiares. Primero por vivir prácticamente en la casa de la suegra (de Jesús) y posteriormente porque tuvo que emigrar por cuestiones laborales.

En este punto, es importante resaltar lo analizado por Boschilia (2010), quien sostiene que la memoria es selectividad y por lo tanto, está estrechamente relacionada a las condiciones emocionales de la persona que recuerda.

Además, otros aspectos como el contexto histórico y el espacio geográfico intervienen en este proceso, haciendo del recuerdo una cuestión compleja y enigmática para su análisis. Las reflexiones de estos autores sugieren que los discursos no son datos azarosos, sino que son recuperados de la bóveda del pasado, los cuales se entremezclan con el tiempo y el espacio en que se dio el hecho que se recuerda, así como la distancia entre el tiempo en que se dio el evento y la evocación de dicho suceso. De esta manera queda evidente que el discurso permite la reconstrucción y reinterpretación de la memoria, la cual se modifica con el tiempo y a base de reflexiones.

En otra perspectiva, dentro del anterior discurso expuesto por Juana, puede observarse que se evoca la memoria al momento en que ella dice “ahorita que me acuerdo...”. Este dato permite mostrar que la memoria vincula experiencias que le dan un orden y un sentido a las vidas de las personas. Al respecto de la memoria en los discursos, Cuevas (2011) analiza que al evocar la memoria se produce un rencuentro, una reconstrucción de eventos que conlleva la vinculación de experiencias, lo que hace posible integrar una secuencia discursiva a partir de ésta.

Con respecto a la realidad de si la familia de Juana incorporó en su dieta los platillos a los que estuvo expuesta en sus eventos en México y Guadalajara, Julia nos habla de cómo eran las comidas en su casa:

Me acuerdo mucho de las güilotas en salsa verde: ¡me encantaban! [...] También estaba el, éste [...] el hígado encebollado. Mi mamá lo ponía primero a remojar en leche. Ella decía que para que le saliera lo amargo de la bilis. Pues eran varias las comidas que

me gustaban [...] Recuerdo también que cuando íbamos a comprar el mandado, acompañaba a mi mamá al Mercado Obregón. Íbamos con los Zamora y luego ya le decían: “Tía vente, mira que el hígado está muy bueno” [...] Y entonces se compraba hígado, luego que al retazo con carne para el caldo, que las costillitas y éste, así, pues diversas cosas ¿verdad? Varias cosas comprábamos en el mercado [...] Luego ahí mismo en el mercado, nos encantaba irnos a comer unas gorditas con atole. Pues en general es que a nosotros nos enseñaron a comer de todo. Comíamos verduras, güilotas, pollo, pavo, bacalao y diversas comidas que también las mismas familias, amigas de mi mamá y mi papá, nos compartían.¹⁰

En esta memoria se puede apreciar que los hábitos alimentarios de Julia estuvieron ligados a la influencia culinaria de su madre, a quien acompañaba para efectuar las compras y con la que compartía las delicias del oficio de cocinar, como el atole con gorditas y el desayuno antes de cargar el mandado. La madre era quien realizaba las compras y quien enseñaba a comprar a Julia, por lo que, el conocimiento culinario fue transmitido vía materna y sin intervención de la familia paterna, de la cual no se habló mucho, limitándose a decir en una de las entrevistas, “mi abuelita Ángela cocinaba muy bien también [...] pero mi abue Blanca, como crecimos con ella, nos acostumbramos a su sazón [...]”.¹¹

En este sentido, se pueden ver hábitos variados a base de carnes, con ingredientes frescos, del día y sobre recomendaciones de los propios proveedores, quienes ya le conocían sus gustos y con quienes había una relación de confianza al asignarle los cortes del día. Respecto a los modales ante la mesa, Juana recuerda que:

Yo, de que me acuerdo, primero, mira, mi mamá era la que hacía la comida. ¡Pos sí! Pero de que yo me acuerdo, cuando estábamos chicos, me acuerdo de mi papá [...] Siempre, siempre se subía del despacho a comer y luego le gustaba poner sus discos de música clásica, siempre. Y en la mañana, y en la mañana le gustaba poner la ópera a la hora que se levantaba [...] ¡Ajá! Y al bañarse, estaba cante y cante [...] En la casa había una doña que es de allá de La Becerrera

¹⁰ Integrante de la segunda generación, del linaje B. Entrevista 10. Colima, Colima.

¹¹ Integrante de la primera generación, del linaje B. Entrevista 6. Colima, Colima.

que yo creo que ya hasta se murió: doña Rosa [...] Yo ya no la he visto [...] Teníamos a doña Rosa haciendo tortillas. Ella torteaba, hacía y ponía. Luego era la que hacía de todo [...] ¡Ay, vieras qué coraje le daba que éste, cuando ella ya había recogido la mesa, que de pronto llegara uno de mis tíos, todavía como invitados... ¡Huy!, ¿sabes? les ponía unas maltratadas [...] y le valía que hubiera visita! Y es que ella nomás fregaba porque no hacía de comer [...] y por lo que le chocaba: por las servidas, porque la comida siempre la hacía mi abuelita.¹²

Aquí puede observarse que la mamá de Julia era quien cocinaba, aun cuando tenían quién le ayudara. Ella tenía la tarea de decidir el menú y supervisar que se atendiera a los comensales. En este contexto, Juana continúa recordando al respecto:

Sí, acabando de comer, cada quien recogía su plato. Lo dejaba en el, en el allá [el fregadero] y un día nos tocaba a cada quien fregar, independientemente si eras hombre o si eras mujer [...] Ahí en la casa siempre alguien tenía obligación de hacer algo [...] Todo mundo, si tú quieres, como sus patas, pero tendían la cama [...] Luego uno le barría la escalera. Otro le barría allá a los perros, para sacar la basura y los huesos y todo eso [...] A nosotras nos tocaba fregar y recoger la cocina. A otros les tocaba sacar la basura. A otros les tocaba ir que a los mandados [...] Mi mamá era de las que decían que cuando gritara: “¡A comer!” era porque ya tenías que estar ahí sentado... Si no ibas, pos de las greñas o como se podía nos traían, pero “¡a comer!” Entonces decía que a la mesa se tenía que venir uno bien peinado [...] Que porque según ella, diario decía que la educación se conocía en la mesa [...] Y entonces que agarraras bien los cubiertos, que no te limpiaras la boca, que no dejaras ahí el vaso todo embarrado, ¡porque así te iba! ¡Te daba cucharazos para que agarraras bien el tenedor! Porque el trinche, que no era trinche, era tenedor, y ahí total que desde chiquillos ¡pobre de ti donde metieras la mano al plato porque así te andaba yendo! Y también pues tenía que estar tendida ¡como Dios manda! [...] Toda la mesa diario tenía que estar tendida para desayunar, tendida para comer, tendida para cenar. Con cubiertos, los vasos, servilletas [...] y el plato de abajo y el plato de arriba [...] Porque si no, luego no [...] ¡Ah! y luego otra cosa, nada de que: “No me gusta” porque el “no me gusta” era que te dejaban sen-

¹² Integrante de la segunda generación, del linaje B. Entrevista 10. Colima, Colima.

tado en la mesa, en la silla, hasta que te lo comieras: “¡*Ai* tú sabrás si te quedas a dormir aquí arriba de la mesa –decía mamá– pero no te vas a levantar de ahí hasta que te lo acabes” [...] Y te lo cumplían.¹³

Se pueden observar los valores de Juana en la mesa, aprendidos de la mamá, quien tenía la tarea de vigilar que así fuera. El valor de comer tenía un significado especial de limpieza: todos peinados y en orden. Otro valor que puede verse es el aprendizaje de los modales ante la mesa, los cuales se incorporaron a costa de *cucharazos*, y faltas como levantarse de la mesa antes de terminar de comer o expresar el desagrado por una comida fueron castigadas con largos tiempos hasta terminarse los alimentos.

También se encuentra evidencia de la forma en que se presentaba la comida, datos que muestran el universo simbólico de costumbres en que la primera generación de este linaje se desarrolló.

González (2001) expone que al observar las microculturas en que se desenvuelven las familias puede llegarse a comprender los valores que orientan las prácticas y las relaciones sociales de éstas. Así se establecen los límites del poder (como a quién le corresponde dar los *cucharazos*), el deber ser (cómo deben presentarse a la mesa), y el tener que hacer (organizar las actividades de la casa) para alcanzar el bien comer, como un objeto-valor en el imaginario de este linaje.

Pero al voltear la mirada sobre quién preparaba estos alimentos, la respuesta saltó a la vista: fueron las mujeres. Quizá como herencia familiar Juana incorporó los rasgos ideológicos aprendidos de su madre respecto a la división sexual del trabajo para adquirir y producir los alimentos. En este sentido, Vizcarra (2005) explica que en general la responsabilidad de la preparación de los alimentos, la distribución y el resguardo de la seguridad alimentaria en el hogar sigue siendo una tarea femenina.

Esta división sexual de los sistemas de producción doméstico hace referencia a Bertaux y Bertaux (1994), quien explica que el dominio de la producción antroponómica es una apuesta de la modernidad. Es decir, que para existir un cambio sociocultural debe haber un cambio en quién

¹³ Integrante de la segunda generación, del linaje B. Entrevista 5. Colima, Colima.

adquiere y produce los alimentos. Es así que, de acuerdo a los datos empíricos, puede decirse que el proceso de elaboración de los alimentos para el consumo familiar cotidiano es un proceso tradicional en ese contexto familiar, y quizá guarde relación con el histórico de la región de Colima. De este modo, es la madre quien sigue cocinando y quien enseña a sus hijos a tener la mesa lista.

En este punto, convino preguntarse quién preparaba esos alimentos, qué comían, cómo los comían y dónde los comían. Fueron, sin duda, reflexiones que adquirieron otras connotaciones al abordarlas desde la perspectiva de género. Juana recuerda en torno a estas preguntas que:

Tres comidas siempre comíamos, sopa aguada, sopa seca y la carne con ensalada. Luego, ya pos no faltaba que había o que panes con leche Nestlé, que se echaban mis primos [...] o que mi mamá ya había hecho pastel o como en ese tiempo que había arroz de leche, aunque también llevaban leche del rancho. Pos hacían que chongos o que flan o lo que sea. Siempre había cajeta, mermelada y miel. De tomar, agua fresca siempre, era de limón, jamaica o de guayaba. Luego hacían agua fresca con las naranjas agrias del jardín [...] Y luego mira mi mamá, para desayunar, le encantaba hacer frijoles, una torta de huevo con jitomate, una salsa de jitomate y cebolla que ahí freía. Luego nos hacían chocomilk o chocolate. Había elotes, mantequilla, mermelada, mantequilla con azúcar y birotitos. Pero ¡ay! el día que nos hacía con tortilla con leche, plátanos o guayabas de ésas con azúcar como con almidón. Pero en las comidas siempre había sopas, a veces de pasta, de garbanzo o de lentejas, habas, caldo de res, caldo de pollo y chilayo. Y luego, pues la sopa seca, por lo regular era espagueti o pasta de alguna o de arroz o de crepas. Pues ella ahí le variaba verduras, chayotes con crema, calabacitas rellenas, chiles rellenos. Y luego, pues la carne que también variaba, porque casi siempre era lomo o pierna, que iban guisados, acompañados con una ensalada que en la mayoría de las veces era lechuga con pepinos. En ocasiones incluía aderezos o hacían ensaladas con mayonesa.¹⁴

Como puede apreciarse, éste es un menú típico de una familia de clase media, de la zona urbana. En la presentación de los cubiertos se

¹⁴ Integrante de la primera generación, del linaje B. Entrevista 10. Colima, Colima.

puede ver que existe un orden en el menú, integrado por comidas de dos o tres tiempos e incluso un postre.

Ya te digo, que nos acostumbramos a comer que chiles rellenos, calabazas rellenas, pie de atún, que de carne, que de no sé qué, y pos ora sí, que así seguimos creciendo. Y nos llegaron a gustar muchas cosas que a otras personas no les gusta. Por ejemplo, mi mamá hacía mucho esas sopas de alubias, fabada [...] ¡Huy, nos encantaba que hicieran fabada! Luego lengua. Hacía una ensalada de lengua, riquísima, con papas. También los chiles y es que mi mamá hace unos chiles... ¡Noooo, o sea! Cosas como lomos rellenos, mechados, pollos... así, de diferentes cosas. Que cremas de brócoli, que de calabazas, que de zanahorias, que de jitomate... ¡Oh, cosas sabrosas! Ya luego, yo era quien cocinaba en la casa. Incluso había comidas que no sabía hacer mi mamá y ya me decía: “¡Ándale, jodida, ponte a hacer tal o cual cosa, porque tu papá quiere comer eso!”¹⁵

Aquí se expone una contradicción en el mito, en el sentido de que la memoria que evoca Juana, referente a que les encantan muchas cosas que a otra gente no, no se muestra en la dieta, ni tampoco en la generación siguiente. Toda vez que los platillos expresados por Juana y Julia, formaban parte de una dieta común entre la clase social media urbana.

Lo anterior indica el impacto económico, social y cultural que se ejerció en la familia. Es aquí donde puede observarse con mayor claridad la forma en que el mito de la distinción de la alimentación se fortalece en la memoria de madre e hija, pues la evidencia alimentaria mostrada en los discursos resulta contradictorio para explicar esta distinción de comer de manera diferente.

En ese momento, la memoria individual trabaja como conciliadora entre lo subjetivo y lo objetivo, entre la realidad y las expectativas en torno a la alimentación que se desearían.

De esa manera, los discursos de ambas son reinterpretados con el propósito de permitirles una relación estable y lo menos conflictiva como esposa-esposo y padre-hija.

¹⁵ Integrante de la primera generación, del linaje B. Entrevista 10. Colima, Colima.

Conclusiones

A partir de lo analizado en la familia de Juana se realizó un estudio de las dinámicas alimentarias de una familia en Colima, donde uno de sus puntos álgidos es la configuración de significados convergentes dentro de espacios simbólicos disputados por actores que a su vez heredan diversas experiencias e imaginarios culturales. Se ha puesto a la memoria como un concepto abierto que rechaza un entendimiento rígido y mecanicista, donde cada posibilidad de interpretación demanda reunir diferentes tipos de objetivaciones. Dichas objetivaciones parten de las relaciones subjetivas entre los individuos y su contexto.

Se entendió que para analizar procesos simbólicos como el mito se tiene que organizar y estructurar con diferentes tipos de objetividades, entre las que se encuentran: la memoria, el desarrollo y la estructura, y el discurso del hecho. Con esto se responde a las interrogantes: ¿Qué ocurrió? ¿Cómo ocurrió? ¿Qué se dice sobre lo que ocurrió?

Lo anterior implicó un diseño metodológico amplio y complejo. Asimismo, mediante estas configuraciones relacionadas podemos proyectar desde una plataforma bien cimentada que cualquier sentido posible sólo puede ser reconfigurado a partir de un intenso y concienzudo análisis discursivo sobre cierto tipo de objetividades sociales.

Estas objetividades están normalmente entrelazadas a la vida cotidiana, a las identidades y a los valores, elementos que no deben considerarse como entes aislados, sino como factores cargados de energía y sentido.

De igual forma se percibió que las dinámicas familiares son prácticas culturales específicas, las cuales pueden ser analizadas provechosamente como entidades de sentido por su potencial para definir significados sociales desde perspectivas diferentes. Así, resulta necesario organizar las objetividades culturales propuestas por Portelli (2004). Asimismo, resulta sencillo reconocer el papel que juega la memoria en el mito. De este modo, el mito se propone como un eje de análisis para entender qué, cómo y qué se dice sobre una relación social que ha sido establecida. En este sentido, la historia como un nivel más elevado de configuración de diferentes memorias y discursos, opera como un sistema con una lógi-

ca dispersa y alejada de la vida cotidiana. Sin embargo, con la ayuda de una estructura cultural se tiene una poderosa herramienta para el estudio de la historia cultural como un espacio de posibilidades en lugar de un evento aislado y ajeno a la cotidianidad.

Quedan deudas sobre qué temáticas desarrollar porque la memoria sigue siendo un proceso de reconfiguración de experiencias y sentidos de los individuos, frente a la historia.

En este sentido, el discurso tenga quizá mayor acercamiento con la historia de las mentalidades, pero no como una época, sino con la experiencia de una región que se va reconstruyendo cada vez que se narre en el sentido de lo que expresa Ricoeur (1999), quien dice que lo que se evoca no siempre es lo mismo en diferentes tiempos. Finalmente, el reto es configurar un espacio más amplio, en que aquellas prácticas humanas que han sido históricamente invisibilizadas y alejadas de sus propios campos de significados sean capaces de reflexionar y confrontar, configurar e interpretar lo objetivo y subjetivo en sus propios campos simbólicos.

Referencias bibliográficas

- Barthes, R. (1990). *Mitologías*. México: Siglo XXI.
- Boschilia, R. (2010). Memoria, patrimonio e identidad: inmigración y narrativas familiares. En: M. Marujo, *Abuelos y migración: raíces e identidad* (1er vol.), pp. 33-41. Toronto, Canadá: University of Toronto, Department of Spanish and Portuguese.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura* (M. Pou, trad.). México: Grijalbo-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Bourdieu, P. (2010). *El sentido social del gusto. Elementos de una sociología de la cultura* (A. Gutiérrez, trad.). México: Siglo XXI.
- Bertaux, D. y Bertaux, W. (1994). El patrimonio y su linaje: transmisiones y movilidad social en cinco generaciones. En: *Revista de estudios sobre las culturas contemporáneas*, 6 (18), pp. 27-56.
- Cuevas, A. (2011). Memoria familiar y mito: la resignificación del pasado. En: *Revista de Ciencias Sociales*, (27), pp. 43-57.
- Duch, L. (2002). *Antropología de la vida cotidiana. Simbolismo y salud*. Madrid, España: Trotta.
- Durand, G. (2000). *Lo imaginario*. Barcelona, España: Ediciones del Bronce.
- Durand, G. (2004). *Las estructuras antropológicas del imaginario*. México: FCE.

- González, J. (2001). Frentes culturales para una aproximación dialógica de las culturas contemporáneas. En: *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, 7 (14), pp. 9-45.
- Guiraud, P. (1979). *La Semiología*. México: Ediciones Siglo XXI.
- Jung, C. (2004). *Psicología y simbólica del arquetipo*. España: Paidós.
- Marinoff, L. (2000). *Más Platón y menos Prozac*. Barcelona: Zeta Bolsillo.
- Midgley, M. (2004). *The Myths we live by*. London: Psychology Press.
- Midgley, D. (2005). *The essential Mary Midgley*. Routledge: New York Press.
- Pennef, J. (1990). Myths in life stories. En: R. Samuel y P. Thompson, *The Myths we live by* (pp. 36-48). Londres: Routledge.
- Pérez, O. y Arias, M. (2017). Transferencias socioculturales de los adultos mayores: reproducciones de la herencia y su capacidad de transmisión. En: González, C., Carvajal, G., Acevedo, J., y Bruno, F., *Grupos sociales emergentes y trabajo social: Tomo I. Grupos en situación de riesgo* (pp. 53-70). México: Universidad Autónoma de Coahuila. Universidad de Colima.
- Pérez, O. (2016). *Procesos de desarrollo económico y sociocultural en el México del siglo XX*. México: Universidad de Colima.
- Plumwood, V. (1993). *Feminism and the mastery of Nature*. London: Routledge.
- Ricoeur, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. (A. Neira, Trad.). Madrid: Trotta.
- Ricoeur, P. (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. (Trad. G. Aranzueque). Madrid: Arrecife-UAM.
- Thompson, P. (1993). *Family myth, models and denials in the shaping of individual life paths. Between generations*. Londres, Inglaterra: Oxford University Press.
- Turner, M. y Fauconnier, G. (2003). Metaphor, metonymy, and binding. En: R. Dirven y R. Pörings (Eds.), *Metaphor and Metonymy in Comparison and Contrast* (69-487). New York: Mouton de Gruyter.
- Yow, V. (2005). *Recording oral history: a practical guide for social scientist*. Oxford, UK: Rowman & Littlefield Publishers.
- Vizcarra, R. (2005). *Entre el taco mazahua y el mundo*. México: UAEM.

Sitios web

- Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (2018). *Mito*. Consultado el 15 de noviembre de 2017. Recuperado de <http://dle.rae.es/?id=PQM1Wus|PQMf1C3>.
- Pasquali, L. (2014). Más allá de la entrevista. Consideraciones sobre el uso de fuentes orales en la investigación histórica. En: *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, pp. 1-9. Consultado el 10 de noviembre de 2017. Recuperado de 10.4000/nuevo-mundo.67400.
- Portelli (2004). El uso de la entrevista en la historia oral. En: *Anuario de historia*, 20, pp. 35-48. Consultado el 15 de noviembre de 2017. Recuperado de: <http://www.anuariodehistoria.unr.edu.ar/ojs/index.php/Anuario/article/view/205/224>.

Omar Alejandro Pérez Cruz

Mexicano. Doctor en ciencias sociales por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de Colima, México. Posdoctorado en relaciones internacionales y prospectiva social. Profesor-investigador adscrito a la Facultad de Contabilidad y Administración de Colima, Universidad de Colima. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel I. Líneas de investigación: estudios sobre los cambios socioculturales, desarrollo regional y seguridad alimentaria en México y la Cuenca del Pacífico.

Recepción: 30/09/17
Aprobación: 14/03/18



Ilustración de Sandra Lucía Uribe Alvarado.